

MUSSOLINI llamó a Pareto «el padre del fascismo»: era un grande, un inmenso honor, que el anciano sociólogo acogiera, sin duda, con una sonrisa satisfactoria. Vilfredo Pareto murió en 1923; tenía setenta y cinco años. Por aquellos tiempos, el naciente fascismo italiano podía quizá parecer satisfactorio al teórico de las oligarquías y de la virilidad. ¿Se hubiese reconocido en el fascismo posterior? ¿Se hubiese reconocido Nietzsche en el nazismo hitleriano y en el mismo fascismo mussoliniano? Son casos distintos. Es posible que Nietzsche hubiese abominado de sus hijos espúreos; es posible que Pareto no. En todo caso, Pareto sigue siendo un objeto de culto y de estudio. En este año se celebra el cincuentenario de su muerte; muchos de los que no conmemorarían abiertamente a Mussolini y al fascismo lo harán fácilmente con Pareto. No sólo en Italia, donde —leamos en «Il Tempo»— se preparan en su homenaje actos académicos y culturales, sino también en otros países. El homenaje a Pareto va a tener carácter internacional. Podría hacerse otra cita de Mussolini en los años treinta: «Dentro de veinte años, el mundo será fascista o estará fascitizado». Una maravillosa profecía. El mundo está hoy fascitizado.

En la doctrina de Pareto aparece bastante clara esta posibilidad. Entendía Pareto que el gobierno corresponde siempre a la oligarquía, a la que dio, antes que nadie, el nombre de «élite». (Oligarquía: Forma de gobierno en la que el ejercicio del poder corresponde a unas pocas personas o familias. «Elite»: Los «mejores», los «escogidos»; los pocos que pueden dirigir un grupo, una nación.) Entendía Pareto que lo único que cambiaba en la Historia del mundo y de las formas de gobierno era el «mito», o los mitos, en nombre de los cuales esta oligarquía se hace obedecer. Y varían también las formas de reclutar esta «élite». En realidad, es una idea prácticamente permanente en Italia: puede originarse en Maquiavelo y llegar a Gaetano Mosca (creador de la idea de las «clases políticas»). En la línea francesa estaría presente en Sorel, en Le Bon, en Le Dantec. Es indudable que la base esencial de toda esta, más que doctrina, creencia frecuente en la Humanidad es la negación de la igualdad. Proclamada la igualdad por la Revolución francesa, la escuela de la desigualdad —la «desigualdad natural»— tuvo que hacer alarde de doctrina para vencer algo que debía, evidentemente, ser grato a la mayoría, a los no privilegiados. Mussolini citaba frecuentemente una frase de Sorel: «En Biología, la igualdad es un cementerio».

Vilfredo Pareto, aristócrata genovés, pero nacido en París —de hecho, el francés fue para él un idio-

ma de trabajo tan importante como el italiano, y fue catedrático en la Universidad de Lausanne—, no pretendía exactamente que la oligarquía fuese sólo aristocrática: la «circulación de las élites» —una fórmula que le es propia— debía evitar que las clases oligárquicas se encerrasen en sí mismas. Naturalmente, la elección de miembros de la élite debía estar hecha por cooptación, pero solamente en el caso de que la producción demográfica de las clases dirigentes no fuese lo suficientemente amplia, lo suficientemente variada para permitir la circulación interior. En esta transmisión de poderes y privilegios de padres a hijos, Pareto no veía tanto la «razón de la sangre», o los factores genéticos, como una razón sociocultural: los hijos de las élites estarían mejor preparados para ejercer el poder, por razones de formación y educación,

los malhechores» era una lacra de la época, y podía acabar con la misma sociedad. Estas ideas tienen un gran interés, porque hoy circulan enormemente. Citando a Pareto, será posible reconocer ahora su paternidad y su origen.

Podemos hacer ahora una cita larga. En ella se advierte no solamente la preocupación de Pareto por el tema, sino uno de los componentes de lo que después sería básico en el origen del fascismo: el miedo. Todo el optimismo fascista típico es una inversión violenta del pesimismo coyuntural, del miedo a la caída de la clase y de la época. Escuchando al Pareto de los «Systèmes socialistes» se pueden reconocer muchas voces actuales:

«No sólo la decadencia tiene por síntoma principal la debilitación del sentimiento de virilidad, del cual es indispensable estar bien provis-

aque lo que constituye la fuerza de una sociedad. Esa sociedad se alimenta de libros inmundos, con respecto a los cuales el «Satiricón» parece casto, y en los cuales es atrocemente insultada. No solamente les atrae la obscenidad; es también el goce perverso de ver arrastrado por el fango todo aquello que hasta entonces respetaban, de ver sacudidas las bases del orden social».

El componente de miedo que podía haber en esa actitud, y lo veía perfectamente Pareto, aunque fuese incapaz de calibrar el componente de miedo que había en su propia defensa de un orden o de unos valores que podían ser dialogados o discutidos. Incluso el miedo estaba considerado por él como el elemento esencial de la subversión interior de la clase burguesa:

«En algunos países, la decadencia, que se revela con declamaciones humanitarias de las clases altas, es tal, que estas clases no se atreven ya a defender abiertamente sus derechos. Recurren a toda clase de subterfugos y pretenden hipócritamente que todo aquello que solicitan es exclusivamente en bien común, incluso en el único bien de las clases proletarias, y no saben más que gemir y lamentarse de que no se tenga en cuenta (por parte de las clases proletarias) la buena voluntad que muestran. Para hacerse tolerar de sus adversarios, llegan a tomar frecuentemente una apariencia socialista».

Son palabras que se repiten hoy, casi sesenta años después de haber sido escritas. Es preciso reconocer que la descripción de las clases que representaba Pareto estaba perfectamente hecha. Lo grave era la solución que estaba implícita en sus palabras, y que fue aceptada por el fascismo italiano. Pero es muy interesante observar cómo después de las grandes luchas sociales europeas —la Revolución soviética, la mussoliniana y la hitleriana y la gran guerra ideológica entre los principios supervivientes de la Revolución francesa y los nuevos principios nazis; la guerra fría y el nuevo orden coexistente— en los países de Occidente subsiste esta caricatura de burguesía y subsiste también el ímpetu que tiende a provocar en ella una virilización en el sentido fascista, en lugar de una evolución y una adaptación a las nuevas realidades.

Lo que propugnaba Pareto era un regreso a los regímenes verdaderamente duros —dice Gaston Bouthoul—, «como las monarquías despóticas de Oriente, los regímenes fundados sobre las castas y, como regla general, las oligarquías severas y celosas de su autoridad, como la República de Venecia, que se mostraron siempre indestructibles, al menos desde dentro». Lo que obtuvo fue el fascismo, el mussolinismo. ■ J. A.

PARETO EL PADRE DEL FASCISMO

que los de otras clases sociales. Y por una razón que le parecía natural: la de que los oligarcas tienden espontáneamente a transmitir sus poderes a sus propios hijos. Y sus bienes, y sus privilegios.

Estas diferencias de concepto con la aristocracia inclinaron a Pareto hacia la burguesía. Se le ha llamado «el Marx de la burguesía». Sin embargo, la situación real de la clase burguesa en el tiempo en que impartía sus enseñanzas le parecía difícil y decadente. La encontraba debilitada para ejercer su misión. Era una burguesía blanda y sentimental, que se había dejado llevar por sentimientos «demasiado humanos», que consideraba como «morbosos»; encontraba que había una especie de desplazamiento del sentimiento normal de piedad hacia las víctimas para traspasarlo hacia los delincuentes, de forma que la sociedad se culpabilizaba a sí misma. La «absurda piedad por

to en la lucha por la vida, sino que, además, desarrolla gustos depravados, impulsa a los hombres a buscar nuevos y extraños placeres. Entre ellos hay uno que aparece frecuentemente, al menos en nuestra raza, en tiempos de decadencia: se encuentra una acre voluptuosidad en envilecerse a sí mismo, en degradarse, en ridiculizar la clase a la que se pertenece, en degradar todo aquello que antes se creía respetable. Los romanos de la decadencia se rebajaban hasta el nivel de los histriones. Es inútil recordar las ideas y las costumbres de la clase elevada en Francia a fines del siglo XVIII. Las clases altas de finales del siglo XVIII eran felices al verse degradadas en las comedias de Beaumarchais; ahora se ve en algunos países cómo la burguesía cubre de oro a los autores que la insultan cada día, que salpican de fango la toga del magistrado, que manchan con su baba todo